

## El rostro de la caverna

HACE UNOS AÑOS, cuando leímos *Tu rostro mañana: 2. Baile y Sueño*, descubrimos con desasosiego la existencia simultánea de infinitos infiernos que podríamos padecer si nos arrasara la violencia del tiempo que no percibimos. No obstante, ahora que Javier Marías ha cerrado su trilogía con *Tu rostro mañana: 3. Veneno y Sombra y Adiós*, descubrimos desolados que nosotros podemos ser el peor de aquellos infiernos. Si Javier Marías me permite cavilar semánticamente como Jacobo Deza, debería precisar que no he dicho «estar» en el infierno, sino «ser» el infierno. Después de todo, según el Concilio de Trento, ni el infierno ni el purgatorio son lugares, sólo estados del alma. Por lo tanto, o «somos» el infierno o «estamos» infernales.

*Veneno y Sombra y Adiós* cierra el ciclo de *Tu rostro mañana* y la crítica especializada ha puesto el énfasis en la «autoficción» del discurso narrativo, en sus críticas a la violencia de Estado, en el humor que perfuma algunos pasajes, en la prosa «envolvente» de Marías con sus rítmicos repliegues a la manera de un *stream of consciousness* y en sus indagaciones sobre el horror, el miedo y la crueldad. Sin embargo, como no soy ni crítico ni especializado, me gustaría hacer hincapié en otros tres asuntos que -

desde mi arbitrario punto de vista- cifran e iluminan el tríptico que se completa con esta novela.

El primero es la reflexión sobre el poder de la responsabilidad individual. Así, después de envenenarlo con unos vídeos repugnantes, Tupra le siseó a Deza: “A ti te interesa que tu vecino esté en deuda contigo, o haberlo pillado en alguna falta y poderle hacer la faena de contarlo o el favor de callártelo” (p. 170). Aquella obscena expresión de la vileza humana tuvo una respuesta moralmente antitética cuando Jacobo Deza le recordó a su anciano padre que nunca quiso revelarle el nombre del escritor fascista y canalla que durante la guerra civil toreó a otro escritor en una plaza de Málaga:

- Tú sabes eso. –Fue una mezcla de contestación y pregunta.
- Sí. Una vez me lo contaste.
- Y no quise, ¿eh? –Ahora ya fue sólo pregunta-. No te quise decir el nombre, ¿verdad?
- No. Por su mujer y sus hijas. Dijiste que no querías arriesgarte a que un día alguien se lo sacara y restregara a ellas, por causa indirecta tuya. Aunque la mujer ya ha muerto también, si mal no recuerdo.
- Sí, han muerto los dos, él y ella. Pero eso no cambia nada. –Y murmuró más para sí que para mí-. No quise, dices. Bien hecho, no querer, bien hecho... (pp. 523-524).

¿Qué puede ser más decente que «hacer el favor» de callar una falta?

No querer revelarla, no querer infligir más daño sobre el daño, no querer hincar la rodilla sobre otros pechos para que pese sobre nuestras almas, porque una sólida conciencia de la responsabilidad individual es el único antídoto contra el veneno de la abyección.

El segundo es la reflexión acerca del poder de fulminar, de eliminar físicamente a alguien o de aniquilar a otra persona a través de la humillación. Jacobo Deza no lo comprendió o se negó a comprenderlo cuando Tupra le preguntó por qué no se podía ir por ahí pegando, matando. “Porque no podría vivir nadie”, respondió Deza, sin imaginar su propio rostro mañana: su rostro ante el ojo de Luisa, su rostro ante la mano de Custardoy. *Veneno y Sombra y Adiós* se prodiga barajando la violencia sórdida de las guerras y la violencia criminal del Estado, hasta que de pronto se voltea nuestro naipe: el naipe ensangrentado de esa rotunda violencia individual que nos avergüenza porque nos concierne de manera personal. Valerie jugó su naipe sin saber que estaba marcado, Jack o Jacques descubrió la carta entre sus naipes y decidió jugarla, mientras que su padre –que sí sabía que la tenía y para qué servía- nunca la jugó:

Sí, me alegro mucho de no haber matado a nadie. Pero eso no significa que no lo hubiera hecho, si no me hubiera quedado otro remedio. Si vosotros o vuestra madre hubierais estado amenazados de muerte y yo la hubiera podido impedir así, lo habría hecho, estoy seguro. Cuando erais pequeños, quiero decir, porque ahora ya os podéis defender, es muy distinto. Ahora ya no mataría por vosotros, supongo ... No me necesitáis para eso. Y además no sabría si os lo merecáis, cada uno lleváis vuestra vida y yo no sé cómo la empleáis. Antes era distinto, antes lo sabía todo de vosotros, cuando erais pequeños y estabais aquí. Tenía todos los datos, ahora ya no. Es raro que los hijos se conviertan en unos semidesconocidos, hay muchos padres que no lo aceptan y que les son incondicionales en todo caso, incluso contra toda evidencia. Yo conozco al que fuiste, y creo reconocerlo en ti. Pero a ti no te conozco, en realidad, como lo conocía a él, en modo alguno; y lo mismo con tus hermanos. A vuestra madre, en cambio, la conocí hasta el final, por ella sí habría matado hasta el final (pp. 519-520).

A veces olvidamos que el horror de la guerra o el horror de la violencia de Estado suponen individuos que eligen encarnar ese horror, y

así, a veces olvidamos que la guerra y el Estado pueden convertirse en vulgares coartadas de la iniquidad individual. Jacobo creía que después de ejercer la violencia “no podría vivir nadie”, pero Jack o Jacques siguió viviendo sólo para poder comprender la conciencia del devastador poder que acabó con Valerie y -en cierta forma- también con Wheeler.

Finalmente, *Veneno y Sombra y Adiós* propone una lúcida reflexión sobre la decadencia, el adocenamiento y la indolencia de contemporáneas. Javier Marías contempla y levanta inventario de toda la quincallería moral e intelectual de nuestro tiempo, pero una vez más pone en boca del padre de Jacobo Deza la indignación melancólica que nos anega a los lectores:

Hoy todo da pavor y la gente es muy poco libre en lo personal, y cada vez lo es menos en la educación de sus hijos. A los niños, antes, se les enseñaban muchas cosas en cuanto tenían uso de razón, por algo se llamaba así. Cosas que les podían ser útiles cuando fueran mayores, porque nunca se perdía de vista que un niño acabaría por ser mayor. No como ahora, en que lo que más bien se pretende es que los adultos continúen siendo niños hasta la ancianidad, y además niños bobos y pusilánimes. Por eso hay tanta tontuna en todas partes. –Se llevó los dedos a los labios y musitó-: Es triste asistir a una época de decadencia, habiendo conocido otras mucho más inteligentes (p. 516).

¿Qué son si no, Garralde y Rafita de la Garza, Tupra y Custardoy, Rendel y Dick Dearlove –por no hablar de Kiko Argüello y el profesor Rico- si no una panda de niños-adultos, bobos y pusilánimes? Javier Marías no conjura a esas criaturas por azar, ya que forman parte de un paisaje humano necesario y esencial para que brillen con luz propia los personajes que sí son necesarios y esenciales: Wheeler y el padre de Jack, Jacques o Jacobo Deza.

Así, concluida la trilogía, me haría ilusión compartir una intuición: *Tu rostro mañana* es la narración literaria de un acto gnoseológico, de un proceso de conocimiento y por lo tanto filosófico: el extrañamiento de uno mismo. ¿De dónde proviene la ambición filosófica de Javier Marías?

En su *Introducción a la Filosofía*, Julián Marías nos recordó que la experiencia de la extrañeza es imprescindible para comprender el origen del conocimiento y en *Biografía de la Filosofía* Julián Marías nos recuerda que “Platón, al narrar el mito de la caverna, señalaba el doloroso deslumbramiento que experimenta el hombre que ha salido de ella, y que le impide hacer nada en el mundo real hasta que, tras un penoso esfuerzo y una espera, se ha habituado a la nueva circunstancia”. Aquel «doloroso deslumbramiento» narrado por Platón, sería para Julián Marías el desasosiego que supone descubrir nuestro rostro fuera de la caverna, el extrañamiento de nosotros mismos, la negación de nuestras certezas y la conciencia de nuestra incertidumbre existencial o -lo que es igual- de nuestro «rostro mañana».

No puedo afirmar de manera rotunda que la lectura de Julián Marías crepite en la escritura de Javier Marías, igual que la flama en la Caverna de las Ideas; pero aunque no fuera así, celebro la coincidencia y el acto de amor y desagravio que entraña, porque el único personaje de *Tu rostro mañana* que nos demuestra que sí es posible mirarse a sí mismo sin el

estupor de la vergüenza o del resentimiento, es el padre de Jacobo, Jack o Jacques Deza.

Fernando Iwasaki  
Sevilla, 11 de Octubre de 2007